

De semillas y cultivadores

¿Quién ha dicho que no se aprende nada de los malos cultivadores? ¿No hemos aprendido a soportar – de ellos – la parcialidad de sus decisiones o la arbitrariedad de sus valoraciones? ¿No hemos aprendido a aguantar el aburrimiento mortal de sus clases?

No, nunca ha sido – para mí – tiempo perdido el que he empleado en escuchar cosas que no entendía, en sobrellevar abusos injustificados de autoridad o en sufrir tediosas sesiones escolares.

Sólo he tenido dos (magníficos) educadores en mi etapa escolar: Los Hermanos Maristas José Luis Vallejo, profesor de Lengua y Literatura y Pancracio Sandoval, profesor de Latín y Griego. Los dos no sólo me transmitieron los conocimientos propios de sus disciplinas, sino que potenciaron las tres cualidades – que para mí – han sido y son decisivas en mi vida afectiva, social y laboral: La paciencia, la humildad y la creatividad. Yo sintetizaría la enseñanza en estas tres reglas: ser paciente, ser humilde y ser creativo. Únicamente mediante estas tres capacidades, la persona produce, rinde, es completa; sin éstas, sólo con los conocimientos bien asimilados, es una máquina bien organizada.

Sin paciencia y humildad, es imposible aprender o enseñar. Y como la vida es una larga lección de humildad, me he dado cuenta de que la humildad es al mérito lo que en un cuadro son las sombras respecto a las figuras: Les da fuerza y relieve. Pero todas estas potencias del alma y de la mente no están perfectamente conformadas si les falta el sentido del humor, que he aprendido que es una de las cosas más amenas de la vida, pero cuesta muchos años de aprendizaje.

De semillas y cultivadores

Es posible que en bastantes ocasiones la tristeza me hubiera devastado, si no me reanimase la facilidad que tenía para descubrir la parte cómica de las cosas. Es probable que si no hubiera cultivado mis inclinaciones artísticas, me hubiera perdido muchos momentos intensos. Es seguro que si además no hubiera conocido a los dos educadores mencionados anteriormente, mi etapa académica constituiría un enorme fracaso vital.

- **Semillas**

Para mí, querer escribir consistió en primer lugar en una forma de mostrar fidelidad a lo que me hacía disfrutar. Empecé por repetir en voz alta, mientras jugaba a aventuras con mis amigos del parque o urdía representaciones para mis compañeros de clase en el patio de recreo, las frases más emocionantes o conmovedoras que me habían impresionado en mis lecturas. Por ejemplo, el estribillo que repetía un marino sueco en una de las aventuras de Tarzán cada vez que se avecinaba un peligro y que murmura como despedida cuando está herido de muerte: “Parece que vamos a tener viento duro”. Todo ello, por supuesto, junto a la Literatura como declamación paladeable, como entusiasmo oral que no se avergüenza de causar efecto con la invención ajena: siempre me sentí dueño del botín robado por mi entusiasmo. Con plena convicción y arrobo recité – sobre el escenario del Salón de Actos del Colegio – versos de Cesar Vallejo, Campoamor, Machado o Bertold Bretch, ganando en dos ocasiones el primer premio en Declamación.

Yo era un osado: Declamatorio, exhibicionista, ávido de aplausos y cálido reconocimiento, con una total falta de respeto por la dignidad y el buen nombre, todo me predisponía desde pequeño a las candilejas. La declamación

De semillas y cultivadores

de poesías, la lectura de homenajes colegiales y la participación en obras de teatro sirvieron para paliar un tanto mis afanes escénicos pero nunca saciaron por completo el anhelo de la gran voz musical que jamás obtuve... ni siquiera cuando, Pepe, el profesor de Gimnasia, probablemente no mal intencionado, invitó a la clase – un día de tantos que no quería darla – a que algún voluntario saliese a la tarima a cantar.

Nada más grato para acariciar el narcisismo que ser el único que levanta la mano y se dispone a afrontar un tema que por aquel entonces no dejaba de oírse en las emisoras de radio y que llevaba como título *Melina*, cantado por Camilo Sesto. Previamente a mi actuación, Pepe preguntó a la clase si alguno conocía “Jardín prohibido” cantado por Sandro Giacobbe, un tema que también sonaba con fuerza por aquella época, que había sido número 1 en los 40 Principales. De un modo inmediato y tácito, la clase se confabuló para responderle que nos sonaba, pero que ninguno conocía la letra. Le invitamos a cantarla. Metimos la moneda en el juke-box de su vanidad y comenzó a tararear – desde la mesa donde estaba sentado- la canción, al principio en voz baja y rebosante de picardía : *Comí del fruto prohibido, dejando el vestido colgado de nuestra inconsciencia, mi cuerpo fue gozo durante un minuto...* se levantó de la mesa y, dirigiéndose hacia la fila central de pupitres, hizo un firme propósito de enmienda: *no lo volveré a hacer más, no lo volveré a hacer más...* para concluir con un tono de pícaro sinvergüenza, lamentándose sobre la imposibilidad de alterar el devenir de nuestra existencia: *Lo siento mucho, la vida es así, no la he inventado yo...* la clase prorrumpió en aplausos y vítores. Me sentí – al ver la reacción “entusiasta” de la clase- más confiado en mis posibilidades.

- Vamos, Varela, tu turno.- me espoleó Pepe.-

De semillas y cultivadores

Salí y me situé en el centro de la tarima. Arranqué la canción con unos movimientos más dramáticos que acompasados: *vida, tus razones, tu país, donde el mar se hizo gris, donde el canto ahora es llanto...* Creo que mis compañeros se quedaron demasiado asombrados en un primer momento para actuar de forma inmediata. Maceiras, que estaba sentado en la primera fila justo enfrente de mí, nada más caer en la cuenta de que estaba presenciando una demostración de cómo el juicio puede deteriorarse sin haber ingerido previamente alguna sustancia tóxica, casi tira el pupitre al suelo del ataque de risa que le dio. Ni siquiera mi pueril exhibicionismo disfrutó del todo con el percance, que se saldó con abundantes risitas y un notorio refuerzo de mi bien ganada fama de chalado. Las rarezas artísticas despiertan poca admiración a esa edad.

Lo que sí provocaba admiración – tanto entre los profesores como entre mis compañeros – eran mis redacciones. Ahí sí que apenas tenía competidores: Los demás componían mejor o peor un texto pero yo *escribía*. ¡Y con qué sensación de entusiasmo y libertad, con cuánta audacia! También con bastante embriaguez vanidosa, desde luego. Me acostumbré a que mi redacción fuese siempre una de las que se leían en público cuando el profesor nos las devolvía corregidas y llevaba muy a mal si algún día excepcional era pasada por alto e incluida en el anónimo montón. Ganar tres veces el premio a la mejor redacción del Colegio fue un justo reconocimiento a mi esfuerzo entusiasta.

Me gustaba también leer en voz alta, con entonación, como solía decirse. Y declamar. Aproveché así las lecciones de mi hermano Carlos – ganador en dos ocasiones – que me inculcó – en la preparación de *Los Heraldos Negros* de César Vallejo y *El Almendro* de Bertold Bretsch – acierto para

De semillas y cultivadores

la elocución intensa, oído para la sonoridad de la palabra y pericia para introducir las oportunas pausas y marcar así el ritmo del poema.

En una ocasión, en 6° de E.G.B., el Hermano Miguel me hizo aprender una difícil composición titulada *Un sinapismo reventado*, del que no recuerdo su autor. Con ella obtuve mi primer éxito público en un acto de fin de curso, impresionando no sé si por mi buena dicción o por mi buena memoria. Así,— gracias a estas *inútiles* habilidades —, llegué a convertirme en el rapsoda oficial del colegio, siendo el encargado de leer las ofrendas a la Virgen, despedidas emotivas a directores jubilados y poemas celebratorios. Lo mismo que hago ahora en el colegio donde doy clase.

El dibujo y el teatro también fertilizaron en el campo colegial. El dibujo artístico (no técnico) me permitía buscar la perfección en todo aquello que contemplaba. No tenía sólo el ánimo de reproducir o fotografiar fielmente los objetos, entornos o personas. Trataba obsesivamente de buscar armonía, equilibrio, orden, limpieza. Ante esta actitud, mi profesor de dibujo Don Enrique me decía siempre que todo lo captase tal como es, vamos, como si le dices a un pianista que puede sentarse sobre el piano. Y yo creo que si la vida fuera perfecta, todo lo que contempláramos fuera bello y las caras de la gente desplegaran siempre la mejor de las sonrisas, no habría arte. La gente crea arte porque la vida no es perfecta. Y en cuanto al teatro, no fue más — ni menos— que un escenario apropiado para desarrollar esa vertiente exhibicionista que siempre me ha acompañado. Aquí no pretendía buscar la excelencia en la interpretación, sino divertir y divertirme. La pantomima, el disfraz, la adopción de nuevos tonos, gestos o movimientos, la posibilidad de ser otro eran algo demasiado tentador para que lo dejara correr.

- **Los malos cultivadores**

Cierto día, Don Ramón – en 5º de E.G.B. – anunció que por primera vez, en lugar del habitual dictado, íbamos a hacer una redacción. Pánico general, porque nadie sabía de qué iba la cosa. ¿Qué es redactar? ¿Inventar, adivinar, componer, patentar? Yo intuí qué significaba: escribir. El tema era libre, al menos para los demás, seres felices que escribieron según modelos propuestos sobre su pupitre, su colegio, su casa o sus amigos. Negado desde pequeño para los placeres del costumbrismo – no me interesaba nada recrear el mundo de lo conocido y cotidiano – me adentré en la dimensión de la ficción. La titulé: *Los dedos de mis manos*. Narraba – asignando a cada dedo un nombre y una función – la vida que podían desarrollar por su propia cuenta y cómo me la podían facilitar a mí: qué podía hacer con ellos, cómo podía utilizarlos, qué ventajas e inconvenientes podían reportarme en mi vida diaria, cómo se relacionaban entre sí.

Debió de constituir una nota de exotismo torpe y arrebatado entre los razonables informes de mis compañeros. Pero mientras rasgueaba sobre el papel con la lengua fuera y presionando fuertemente el boli, comprendí que por fin estaba en mi elemento. Me sentía libre, seguro, pero sobre todo me sentía *fuerte*. Nada podía desanimarme ya. El recorrido que seguían mis dedos era apasionante y estaba lleno de sorpresas: no sólo hurgaban narices, rascaban, extraían cera de las orejas o sostenían objetos. También disimulaban

De semillas y cultivadores

sonrisas, eran una pantalla para las confidencias, un soporte gráfico para comunicarse o la herramienta perfecta para el desarrollo de mis aficiones.

Cuando el profesor comentó nuestros ejercicios, al llegar al mío enarboló una sonrisilla irónica. Nos había prevenido contra la utilización abusiva de adjetivos y de conectores tipo “bueno”, “pues”, “resulta que” u “o sea”. Don Ramón leyó en voz alta mi redacción, y mientras la leía, alguno esbozó una sonrisa, pero casi toda la clase mostraba signos de desconcierto. Acabó de leerla, y se dirigió a la clase:- “¿Qué nos ha transmitido esta redacción? ¿Nos ha contado algo nuevo?” Cuando dice: “Esas manos que colocadas a ambos lados de la cara la enmarcan como dos paréntesis” ¿Qué? ¿Hay claridad en esa línea? ¿Nos está contando algo que está ocurriendo?”

Entonces fui yo quien sonreí para mis adentros, aunque poniendo cara de humilde confusión: sin argumentos ni justificaciones, comprendí por primera vez que sabía más que mi maestro, un cretino integral. Iba a padecer a muchos incompetentes como Don Ramón a lo largo de mi trayectoria académica. Tuve la revelación de que por fin tenía un arma a mi alcance para impresionar y destacar, para no ser devorado por la rutina colectiva.

El Hermano Eugenio, *Genito*, provocaba un sopor inconmensurable con sus clases. De un ritmo monocorde y cansino, su naturaleza venía reforzada por una paciencia que al Santo Job le hubiera venido que ni de perlas durante su paso por el muladar. Enseñaba Lengua Española en 1º de B.U.P. Bregaba lento, minucioso, incansable con sus explicaciones desde la mesa (nunca se acercaba al encerado) ante la impaciencia palabrera y desatenta de buena parte

De semillas y cultivadores

de la clase. Yo solía dibujar. Siempre he tenido una prodigiosa capacidad para distraerme cuando algo no me interesa. Cuando *Genito* quería sacar a alguien al encerado para que hiciera un ejercicio, los cabecillas de la clase – Laguillo era el más aventajado – intentaban con no menor tesón distraerle con mil preguntas sobre cuestiones incongruentes. Nuestro objetivo final era que terminase de una vez la hora de clase, evitando un inútil derramamiento de ceros y consiguiendo volver a la vida *real*, suspendida durante un rato por el estado de excepción impuesto por *Genito*. Pero *Genito* era un maestro a la antigua usanza, y estos adalides de la pedagogía más rancia nunca renuncian a poner tareas. ¡Cómo odiaba, cómo odio esas palabras: *las tareas, los deberes!* Nos imponía casi siempre como penitencia, digo como tareas, el análisis morfológico de un texto, subrayando las diferentes categorías gramaticales. Suficientemente torturador era soportar sus clases, como para que aún encima estuviésemos dispuestos a aceptar que sus tareas invadiesen el resto de nuestro tiempo complementario.

Os garantizo que nunca me he aburrido tanto con alguien. Pero también aprendí dos cosas: Perfeccioné mi destreza en el dibujo artístico durante sus clases y desarrollé mi fortaleza interior, comprobando que todo llega a su final, con tal de que uno sepa esperar.

La última imagen que me ha quedado de él es de un día de verano – hace ya bastantes años – cuando lo vi dando vueltas por la plaza de Vigo sin nada que hacer. Tenía el mismo aspecto que tendrían unos caníbales durante una escasez de misioneros.

- **Los buenos cultivadores**

Ya me he lamentado de que encontré pocas complicidades para mis aficiones literarias entre los profesores y casi ninguna entre los alumnos. Mi primer mentor fue un Hermano Marista al que tuve en dos cursos: en 2º de B.U.P., como profesor de Lengua y Literatura, y en C.O.U. como tutor y profesor de Lengua Española. Se llamaba y se llama José Luis Vallejo. Era lo más parecido que había encontrado en el colegio a un alma gemela. Una persona con un desbordante – pero por lo visto, nada contagioso – entusiasmo por enseñar, pedagógicamente creativa, trabajador incansable, que vivía su profesión y trataba por todos los medios a su alcance de lanzar la pasión por la literatura contra nuestras indiferentes cabecitas en las que solían invariablemente rebotar las muestras sofisticadas de su talento didáctico.

Ya no sólo la mayor parte de la clase no le prestaba ninguna atención – aunque se esforzase por hacerla más amena – sino que además había un grupo de siete u ocho babosos que le interrumpían continuamente con preguntas o comentarios que no venían a cuento. Pero él seguía, erre que erre, forzando la voz hasta que se quebraba, y se llevaba las manos a la cabeza impotente y desencantado. Se tenía – y yo también le consideraba así – por un exiliado del mundo del arte en la espesa e ingrata rutina colegial.

Le gustaba escribir poesía, y tuve la suerte de leer un libro suyo de poemas. Me gustaron. Decía en la introducción que los “sentimientos son el lugar donde vivimos”. Ese era su mundo, pero también le apasionaba enseñar y transmitir su experiencia y conocimientos. Pero con nosotros machacó en hierro frío. Le tomaban por un payaso, porque recreaba teatralmente extractos

De semillas y cultivadores

de obras, impostaba la voz cuando recitaba a Quevedo, movía ampulosamente los brazos, las manos y todo el cuerpo cuando explicaba, y luego se metía mucho con nosotros: nos sacudía interiormente, nos hacía preguntas sin parar, se reía de sí mismo. Todo un espectáculo. Incansable. Era un depredador de la enseñanza.

De mí decía que tenía el cuerpo de un joven, pero el alma de un viejo. Era muy equitativo con mis redacciones: ponderaba generosamente algunas virtudes más bien ilusorias y de paso me señalaba con discreción varios deslices muy reales. Siempre me ponía una observación en el ángulo superior derecho de la redacción. Podía ser una palabra: “Soñador”, una frase: “La concisión es el alma del ingenio” o un pareado. A los que cometían muchas faltas de ortografía o incurrían en numerosos errores de construcción gramatical, les dibujaba un burro o dos (en casos terminales). Me encantaban sus valoraciones, sus críticas: Para mí, a aquella edad, una observación positiva de esta fiera de la enseñanza comentando algo que yo había escrito equivalía aproximadamente a un memorándum del Espíritu Santo. Si hubiese recibido el famoso telegrama con que Dios ordenó el comienzo de la Creación (“Hágase la luz. Sigue carta”), no me habría sentido más emocionado.

En cuanto se le conocía, uno se daba cuenta – a poco observador que fuera – de que estaba ante alguien que sólo se parecía a sí mismo, una primera edición por no decir un incunable, no un ejemplar en serie: como los ángeles y quizá los demonios, agotaba una especie en su singularidad. Yo profesaba el culto de José Luis Vallejo, yo era vallejiano de primera hora y estricta observancia. Con los años fue entrando en mi santoral (compartiendo peana con Julio Verne, Ibáñez, Dickens, Dumas, Joan Baptista Humet, Billy Wilder o Jack Lemmon): ¡Lástima que hoy tantos de aquellos santos lo sean ya de veras, lejos de los “saraos” de este mundo! Todos me parecían

De semillas y cultivadores

importantísimos y admirables, puesto que se dedicaban a menesteres artísticos. Sí, en aquella época, solían estar presentes otros próceres, del fútbol, de la política, del mundo del espectáculo o la economía, pero los nombres de éstos ni se me quedaban entonces ni apenas los recuerdo ahora. Nunca me he ruborizado de emoción ante los dueños, sólo ante los juglares.

Muchas veces, en clase, torcía la cabeza con aire pesaroso y en sus ojos asomaba una punta de reproche ante la escasa e incomprensible atención de su audiencia. Se tapaba la cara con las manos y las dejaba deslizarse hacia abajo, no dando crédito al eco que su maestría producía. A veces gastaba talante jeremiaco, de víctima pascual, dominando todos sus rasgos y movimientos y tiñéndolos de languidez, abrigando tal vez el deseo de dejarnos y volver a su Alicante natal, donde había sido feliz dando clase.

Había mucha paciencia en su mirada, pero a veces daba la impresión de que estaba suavemente teñida de melancolía. Y sin embargo, era un optimista nato, un tipo que buscaba reconocimientos, gratitudes, amigos, complicidades, que creía en la amistad y en el valor de la educación, unos anhelos reivindicativos que le quitaban el sueño y que muchas veces le obligaban – en el fragor de la enseñanza – a utilizar tacos y palabras malsonantes para enderezar nuestra motivación. Decía que los tacos eran los puntos y las comas de la conversación. Todo un lujo.

Y Vallejo fue mi mentor por excelencia, el ancla insustituible en el mar proceloso de la letra impresa donde yo quería navegar como otro Simbad. Esa milagrosa mezcla de entusiasmo casi histriónico y sentido común, esa curiosidad por todo, esa envidiable indiferencia ante el qué dirán o qué pensarán y ese envoltorio de amenidad en el que nos entregaba caramelos de

De semillas y cultivadores

rigurosos conocimientos literarios fueron para mí el mejor curso de Capacitación Pedagógica que he recibido. Aquella frase de Kipling que repetía constantemente: "Seis honrados servidores me enseñaron cuanto sé; sus nombres son cómo, cuándo, dónde, qué, quién y por qué". Por muchos años.

El Hermano Pancracio Sandoval fue mi profesor de Latín y Griego en 3º de B.U.P. y C.O.U. Era una persona de sesenta y pocos años que sólo disponía de un recurso didáctico: el ejemplo. Nada de retroproyectors, gráficos indescifrables, soportes tecnológicos, dinámicas de grupo, visionado de películas o diapositivas o esos trabajos *efectistas* en grupos sobre diversos temas en los que uno trabaja y los demás miran. Con el libro en la mano derecha y el índice sujetando la página que estábamos traduciendo, él paseaba por la clase y nos introducía – salvando tiempos y distancias- en el Foro Romano o en el campamento de Pompeyo, salpicando sus disertaciones con un sinfín de chascarrillos sobre cómo él imaginaba que ocurrían los hechos, recreándonoslos. Pedagogía en estado puro, no la de esos *expertos psicopedagogos* y *orientadores educativos ministeriales* que te anegan la cabeza de sistemas, niveles, objetivos, bloques temáticos, procedimientos, criterios de evaluación, porcentajes y contenidos actitudinales. El ejemplo y la palabra, sólo eso.

Hablaba mucho con él en su despacho, que estaba al lado del aula. Sobre todo, antes de comenzar las clases de la tarde. Subía las escaleras quince minutos antes de que las clases dieran comienzo, y al llegar frente al despacho – que siempre estaba abierto – él me invitaba a entrar:

- ¡Varela! ¡Entra, hombre!

De semillas y cultivadores

Y yo no me hacía de rogar. Siempre tenía puesto el radiocassette y casi siempre sonaba la voz de Luis Mariano: “Buenas noches, mi amor, buenas noches, vida mía, ...”

- Lo tiene todo, Varela, lo tiene todo: – me explicaba embelesado – La espontaneidad de la voz, el brillo del timbre, la musicalidad, la presencia escénica, el encanto, la facilidad en los agudos, el sol comunicador... Es un auténtico tenor...
- Sí, es agradable – y no mentía – en casa mi padre suele poner a Ernesto Lecuona.
- Sí, no está mal, pero es incomparable con Luis Mariano. Escucha, déjate seducir por la aparente facilidad, por la alegría, por la frescura, por el puro placer de cantar que transmite...

Y con ese fondo, charlábamos hasta que comenzaban las clases.

Hablábamos de todo: los estudios, mi futuro, las relaciones entre padres e hijos, la amistad, el amor, y sobre todo, de Literatura. En todos los temas evidenciaba – sin pretenderlo – una erudición sin estridencias ni alharacas. Esa manera que tenía de levantar la cabeza y escucharme como apremiándome a que terminase de decir sandeces mientras con el dedo índice encajaba correctamente las gafas que se le habían deslizado hasta la punta de la nariz, no podía interpretarse como un gesto jactancioso, sino como una forma astuta de prestar atención y al mismo tiempo reclamarla, a la manera del torero citando el toro. Tras la apariencia frágil y académica de las gafas, se podía apreciar un estado envidiable de equilibrio interior y exterior. Su voz algo rasposa y apresurada estaba empujada por un entusiasmo mental que yo he visto en muy pocas personas.

De semillas y cultivadores

- ¿Qué tienes pensado estudiar? – me preguntó un día.
- No lo tengo nada claro. Me gustaría hacer Bellas Artes o algo relacionado con el Diseño Artístico, publicitario. No lo sé. Me gusta mucho el mundo antiguo, pero sólo tiene como salida la enseñanza.
- Tal vez la antigüedad haya sido inventada para que se puedan ganar la vida los profesores – sonrió -. Piénsalo bien, esa decisión influirá en tu calidad de vida. Haz lo que te guste, y si lo haces bien, tu trabajo será una bendición. Las flores se encuentran en todas partes; pero no todos saben entretejer una corona.

En ese momento, no comprendí muy bien eso de “la calidad de vida”. Ahora lo sé: si tienes salud y afectos y estás satisfecho, puedes dar gracias a Dios, pero si además tu ocupación profesional se convierte en el ejercicio alegre del deseo, y hasta pagarías por el privilegio de desempeñarlo, esa es una vida de calidad, bien exprimida.

Nunca me hablaba de Dios, ni de milagros, ni de revelaciones sobrenaturales, ni de llamadas ni palpitos espirituales. Se compadecía de la gente con prejuicios y de las que tenían principios dogmáticos, inalterables. Todo lo analizaba, todo lo desmenuzaba apelando a ejemplos, a hechos, a la realidad. Esa combinación entre radicalismo desprejuiciado y sólido sentido común constituyó una de las mejores enseñanzas que he tenido. De él aprendí que en la forma una persona puede resultar divertida sin que deje en el fondo de ser una persona seria, rigurosa y con un alto sentido de la responsabilidad.

Era para mí un modelo de superación. A pesar de que tenía una grave afección cardíaca, todos los sábados recorría a pie la distancia entre Santa Cristina y Sada – unos 18 kilómetros aproximadamente -. La vuelta la hacía en

De semillas y cultivadores

autobús. Era un hombre – como decía Unamuno – solitario y solidario, un tipo que no se hacía notar – tan infrecuente en nuestros días –, que le sabía encontrar el gusto a la vida. Serio, pero con un aire de fiesta. Tu amigo Quinto Curcio no andaba mal encaminado: “Los ríos más profundos son siempre los más silenciosos”. La suya era profundidad de la buena, no esa gravedad que mantienen algunos rostros y que no es más que una máscara de la mediocridad. Decía que la razón hablaba y la ignorancia gritaba, y no estaba bebido.

Poseía muchísimo más de tres dedos de frente, sin que eso tuviera nada que ver con su calvicie, que apenas ocultaba el pelo etéreo, emborronado, rizado y escaso, decididamente musical. Cabeza de músico eminente que ha extraviado la partitura, o la americana, o el instrumento. Lo mismo que los payasos, visto de espaldas parecía un científico despistado que se ha puesto una levita que no es la suya, demasiado pequeña.

Un estupor precavido y sabio, ese leve estupor que nace del simple hecho de vivir, se instalaba a menudo en su rostro y se descolgaba abruptamente por las mejillas regordetas, sonrosadas y vivaces y por la discreta papada con vocación didáctica y lúdica. La mente que dominaba esta faz era clásica, y el civismo y la sensibilidad más sutil cohabitaban en toda la variada gama de expresiones que mostraba.

Siempre que en clase sacaba a colación algún hecho histórico o social de épocas recientes, la clase se quedaba estupefacta y le preguntaba de qué estaba hablando. Sorprendido ante la ignorancia colectiva, nos invitaba a leer cualquier cosa(“leed algo, aunque sea un tebeo”). No podía comprender que no nos gustase leer, afirmaba que los libros eran una pértiga que te permitía dar saltos inimaginables en el espacio y en el tiempo; eran un testigo de la más

De semillas y cultivadores

hermosa carrera de relevos, y suscribiendo unas palabras de Tierno Galván, por aquel entonces alcalde de Madrid, aseguraba: “Más libros, más libres”.

Años más tarde – yo ya había acabado la carrera –, un compañero de promoción me comunicó que había fallecido. Un ataque al corazón. ¿Por qué no volví a verle cuando acabé mi etapa escolar? ¿Por qué no seguí manteniendo con él algún tipo de relación? Por la misma razón por la que dejamos que la vida nos lleve: por pereza, por comodidad.

Aún me acuerdo de ti, Sandoval, cada vez más. Si aún me dedico a esto, a enseñar y a tratar de ayudar y orientar a mis alumnos es porque algún olvidado profesor estuvo conmigo cuando lo necesité. Lo siento. Pero no sé explicarlo de otra manera. No doy con el modo de transmitir la grandeza de esta persona tan humilde como los estanques de lilas de Monet, como los personajes de John Ford, que tienen ojos de horizonte, igual que los marineros, como cualquier vals de cualquier Strauss, como Zidane corriendo sin balón, como la sonrisa lenta de Bogart, la voz de Sinatra y los pies de Fred Astaire. Pura elegancia.

Os aseguro que Sandoval es el único tipo que he conocido que pensaba por su cuenta, que no tenía miedo a la muerte y que jamás recurría a ese “bla bla bla” *cultural* por el que correteamos todos. De esas personas que tenían el don de no hacerte sentir la diferencia de edad. Yo era mucho más joven, pero daba lo mismo. Hablabas de igual a igual. A veces ante mis opiniones un tanto irreflexivas sobre algún tema, él siempre sonreía. “Cuando llegas a mi edad, te das cuenta de que las posiciones radicales ante cualquier asunto, son bobadas. La educación es la habilidad de escuchar cualquier cosa sin que pierdas los estribos o la seguridad en ti mismo”.

De semillas y cultivadores

Tus enseñanzas han sido, son, a nivel del alma, a nivel de corazón, a nivel de acordes cotidianos. Las conversaciones que mantuvimos tenían siempre la temperatura de una caricia lenta. Gracias por permitirme asistir durante dos años a un Máster de Mundología. Por fin, mi querido amigo, por fin – dondequiera que sea – estás disfrutando con la voz y la presencia de Luis Mariano. Te lo has merecido.